

HERALDO DE MURCIA

AÑO III

DIARIO INDEPENDIENTE

NÚM. 560

PRECIOS DE SUSCRIPCIÓN

En la península una peseta al mes.—Extranjero, tres meses 7'50 pesetas.
Comunicados á precios convencionales
Redacción y talleres: S. Lorenzo, 18.

VIERNES 19 DE ENERO DE 1900

PRECIOS DE LOS ANUNCIOS

En cuarta plana. 00'05 pesetas línea
En segunda y tercera. 00'10 id. id.
En primera. 00'20 id. id.
Administración: Saavedra Fajardo, 15

ELECCIONES

Optimismo

Dicen nuestros colegas locales, que en la reunión celebrada ayer por el Comité del partido conservador, se acordó luchar por los tres puestos en la próxima elección de diputados á Cortes, presentando como candidatos á los Sros. D. Pedro Díaz Cassou, D. Angel Guirao y don Joaquín García.

A juzgar por los informes que nosotros tenemos sobre la mencionada reunión, no hubo en ella unanimidad de pareceres, ni se adoptó otro acuerdo concreto que el de invitar al Sr. García Alíx á que venga á esta, para dirimir las diferencias existentes en el mismo y solucionar dicha cuestión.

No nos extraña lo ocurrido en la reunión referida, ni la falta de armonía entre los dos comités, pues hace ya bastante tiempo que el partido conservador de Murcia, tan respetable y prestigioso en otros tiempos, viene minado de tal modo por intestinas discordias, que solo de nombre y en la apariencia existe ese partido, cuyo nombre novísimo de *unión conservadora* resulta un sarcasmo sangriento, conocidas como son las diferencias irreductibles que separan á los que lo constituyen.

No hay cuestión alguna, que logre reunir en uno solo todos los pareceres: y las discordias no han trascendido ya de un modo ruidosísimo al exterior, por la actitud de pasividad en que aparecen colocados, los que en otros tiempos dieron tonos y carácter de seriedad al partido, y hoy viven en la mayor postergación y en el más absoluto olvido.

El acuerdo que nuestros colegas dan por adoptado, de luchar por los tres lugares, sería insólito y revestiría todos los caracteres de una provocación: pues quebrantaría la costumbre de respetar el derecho de las minorías, dejando expedito para estas el tercer lugar.

Ese acuerdo, adoptado en otras circunstancias, hubiera significado un alarde de fuerzas, que ni aun así podría tolerarse: pero en las circunstancias presentes, cuando el partido conservador aparece dividido y maltrecho, á nadie podría engañarse con ese acuerdo: y todos habrían de interpretarlo como verbo de la aspiración de determinados elementos de dicho partido, no de todo él.

Aspiración ¿á qué? No por cierto, como pudieran creer algunos ilusos, á sacar triunfantes á sus tres candidatos, pues saben que esto no sería posible ni tienen tanto interés en ello. Aspiración, eso sí, á manchar la nueva elección, á provocar un nuevo escándalo, á que la circunscripción de Murcia, por la ilegalidad de los actos, quedare nuevamente sin representación en el Congreso de los Diputados.

A esto se aspira indudablemente por algunos elementos, con fines demasiado transparentes para ser maquiavélicos; pero no creemos que sus propósitos se realicen, pues no hay gobierno, por débil y complaciente, que consienta después de lo ya ocurrido semejante manobra: y según fidedignas noticias, el gobierno está decidido y á esta decisión habrán de ajustarse sus instrucciones todas, á que sea respetado en su derecho al tercer lugar el candidato de la oposición y á que no haya otros candidatos oficiales que los que ya lo fueron en la elección anterior.

Pero aparte esas consideraciones de buen sentido político y de verdadero instinto de conservación, tenemos por indudable y certísimo, que la oposición sabrá mantener enérgicamente sus derechos, en las urnas y después de las urnas y que el insensato peligro provocado, no habrá de dañar sino á la misma colectividad conservadora, de cuyas lamentables circunstancias usan y abusan las torpezas y las maledvolencias, ayer como hoy, mal encubiertas bajo la ridícula máscara de mentidos pretextos.

El pesimismo es funesto, desolador infecundo. Desalienta el ánimo, agota la energía. ¿A qué conduce el verlo todo negro? No se lleva á los ejércitos al combate augurándoles la derrota, ni á los pueblos á la regeneración, pronosticándoles la muerte. La desesperación es estéril; sólo la esperanza es fecunda.

¿A qué conduce! A nada. En el fondo de esa condenación utilitaria del pesimismo se oculta la idea de que el hombre no debe pensar ni sentir otra cosa sino lo que le convenga ó le agrade. ¿Que dicha si así pudiera hacerlo! ¿De qué aprovecha al arruinado echar de menos la pasada opulencia? ¿Para qué sirve al enfermo deplorar la salud perdida? ¿Qué ganan los vivos con llorar á los muertos? Todo eso es estéril, desanimador, pernicioso. Pero es el caso que no lo pueden remediar.

Mucho se han encarecido los funestos efectos del pesimismo. Desde el insigne Azorrate, que consagró á este tema una disertación, ermosa como suya, hasta el último gacetero de la prensa ministerial, pocos habrán dejado de señalar los resultados vitando de ese espíritu sombrío que solo ve el mal en la realidad y en la historia. Las consecuencias perniciosas del optimismo no llaman tanto la atención. Ténelas, sin embargo, y muy graves. Demócrato, con su afable risa, no es menos, sino más peligroso que Heráclito, con su torvo ceño. La máscara bonachona de Pangloss oculta un siniestro personaje. Dígalo nuestra historia contemporánea. Mucho mal tiene que hacernos el pesimismo si ha de hacernos tanto como el optimismo nos ha hecho.

Aún no hace medio siglo España era Jauja á los ojos de los españoles. Nuestro clima era el más dulce, nuestro suelo el más fecundo, nuestro fe la más sincera, nuestros sacerdotes los más virtuosos, nuestros sabios los más doctos, nuestra historia la más gloriosa, nuestro carácter el más firme, nuestras hembras las más hermosas, nuestros soldados los más intrépidos. Ser más que nadie en todo era nuestro lema. Todavía nos parece estar oyendo á Sagasta cuando, para hacer el artículo de su liberalismo, extendía los brazos ante el hemisferio del Congreso, afirmando que ni en Europa, ni en el nuevo continente, ni en el universo mundo existía nación alguna tan libre como España.

Las consecuencias de aquellas jactancias, ahora las lloramos. Los insurrectos de Cuba eran cuatro mulatos ambiciosos. Las huestes de Aguinaldo eran un rebaño de simios. Los yankees eran una nación de cerdos. ¿Tendría que ver que los triunfadores de Otumba y San Quintín, los descendientes de los tercios de Flandes sucumbieran ante los horteras de Nueva York y los tocineros de Chicago! ¿Tendría que ver que un Sampson venciera á los vencedores de Lepanto! Bajo el imperio de este funesto espejismo enviáramos docientos mil niños á abonar con sus cadáveres los campos de Cuba y aceptamos con el Goliath norteamericano uno de esos duelos desiguales en que sólo se ve triunfar á David en las narraciones bíblicas. El resultado de aquellos optimismos á la vista está. ¿Qué pesimismo, por negro que fue e, nos hubiera arrastrado á sacrificar así estérilmente una generación y á comprometer acaso por siglos el porvenir de la patria?

A aquellos sueños de color de rosa, ha sucedido la negra pesadilla actual. Era inevitable. No hay que ponerlo todo en cuenta de los excesos de nuestro temperamento meridional, propenso á los extremos. La reacción es siempre proporcional á la acción y á la ilusión el desengaño. Nada hay tan desearnado y triste para el soñador como la verdad que bruscamente se revela. La vida parece doblemente amarga al desgraciado que despierta de un dorado ensueño. ¿Existe algo más lúgubre que el teatro cuando en él falta la ilusión? El palacio encantado es en realidad un lienzo sucio las nubes de la apoteosis fuegos de Bengala, el barba feroz un viejo gotoso, el galán un carcamal afeitado y la dama joven una señora respetable, ya entrada en años. Al aparecer así de repente la realidad escondida bajo las ficciones de nuestro teatro nacional, natural es que, los españoles hayan dado en pensar que nada queda aquí que no sea mentira y farándola.

¿Quién puede ser optimista en días como los actuales? Acabamos de liquidar nuestra leyenda y nuestro imperio. Muchos miles de familias lloran á sus hijos sacrificados sin provecho. Nuestros descendientes tendrán que agradecernos el legado de una deuda de tres millones. Hemos sido y estamos siendo el ludibrio de las naciones. Nada hemos aprendido en esa tan cara lección. Más que el desastre mismo asombra, aterra la manera cómo el pueblo español ha recibido el desastre. Diríase un cuerpo muerto, incapaz de toda reacción fisiológica. Las mismas instituciones, los mismos partidos, los mismos hombres, los mismos vicios. Aquí no ha pasado nada, nada. Llamado á los comicios, casi á raíz de la gran catástrofe, el pueblo no tuvo siquiera la entereza de la protesta legal. Para realizar una honda, una radicalísima transformación social, vinieron al gobierno los Silvela y los Polavieja. Sagasta, en cuyas manos se desmembró la patria, no ejecutado por mano del verdugo, ni retirado á la trapa en expiación de sus culpas, sigue siendo el ilustre jefe del partido liberal, jactándose de haber salvado la dinastía, haciéndose de penas para tomar el poder y sosteniendo á la situación silvelina. Y ahora, á despecho de aisladas protestas y de un torneo parlamentario tan aparatoso como estéril, van á ser aprobados los monstruosos presupuestos de Villaverde, nueva subvención del ocio y la ineptitud, nuevo despojo del trabajo por la holganza, sin que se haya remediado un mal, ni rectificado un error, ni corregido un abuso, ni limitado una prodigalidad, ni castigado á un delincuente.

¡Dichoso aquel que, en tales circunstancias, pueda entregarse al optimismo! A nosotros las alegrías nos parecen ahora tan inoportunas y desentonadas como una carecajada en un entierro.

Alfredo Calderón.

PORTA-CÆLI

Para el Doctor Moliner.

Reciba mis entusiastas y humildes plácemes el humanitario Doctor Moliner; el hombre verdaderamente grande por bueno.

Siga su gran obra humanitaria sin escuchar los ladridos de los necios, que en Porta-Cæli nace la aurora de la redención del pobre y se agiganta el genio caritativo del entusiasta doctor, del humanitario hombre que sacrifica su vida por la de los pobres.

Grandioso altamente y altamente hermoso es el artículo en que el ilustre doctor defiende contra injusticias y apasionadas censuras, el sanatorio de tísicos pobres que su caridad y su perseverancia ha logrado alzar como templo de caridad, allá en la Valencina hermosa y buena, entre las flores de aquella huerta exuberante y bajo el cielo azul de aquel rincón de la patria, junto á las ondas del Mediterráneo que eternamente besajlas costas valencianas.

¡Bien haya, doctor ilustrado! La redención del obrero nacerá de la caridad y la justicia por que ellas, son amor y amor quiere el obrero, por que el amor es el pan del alma y á esta hay que alimentar la tanto ó quizás más que al cuerpo.

La obra humanitaria se realizará, á despecho de Blasco Ibañez, á despecho de los malos, á despecho de los intrasigentes, de los ilusos, de los infames y de los tontos.

Porta-Cæli es obra de redención y toda obra de redención se realiza; como Cristo subió al Gólgota para consumar la obra redentora, hombre es Moliner para subir hasta el calvario que alzan los infames y dar su vida como ya dió su bienestar y su pecullo para curar al pobre que enfermó en su lucha sin desearlo por la conquista del pan, bajo el férreo yugo del patron soberbio ó la sociedad explotadora.

¡En Porta-Cæli se curan los tísicos! Frase hermosa, que hace pensar y sentir, que arranca bendiciones á todos los labios y alza el templo de la gratitud en todos los corazones.

¡Bien haya, doctor humanitario! Obra grande es la vuestra y toda obra grande, tiene los odios de los apasionados, tiene las envidias de los sectarios, pero tiene las alabanzas de los buenos y las bendiciones de todos los hombres honrados.

Las morderuras de los envidiosos no harán mella en los cimientos de Porta-Cæli, que los cimientos del edificio humanitario se alzan sobre la caridad y la cúpula del edificio se eleva al cielo.

Amor, Paz y Caridad lema es de Porta-Cæli y allí irán las limosnas de los grandes y los pequeños, para la realización de la obra santa y humanitaria; al servicio de Porta-Cæli estarán los hombres buenos; el sanatorio de tísicos pobres será protegido por los que verdaderamente luchan en lid honrada por el pueblo y allí se alzarán la obra de los hombres de conciencia, de los hombres honrados y buenos como el doctor Moliner.

Allí nace la aurora de redención; aquello servirá de ejemplo á España entera y será p. ueba elocuente de que existe una España humanitaria y de que hay en ella hombres de buena voluntad y corazones caritativos.

Por eso ¡bendita sea Porta-Cæli! Bien haya el hombre que fué calumniado y perseguido, que recorrió su calle de amargura, por la defensa de la obra magna!

Y ¡Dios ilumine á los que la combaten

por intransigencia! Dios ilumine á esas inteligencias obscuras por erróneas ideas. Y si combaten la obra sublime á sabiendas, por mala fé, por envidias... no; no sean malditos; sean despreciados por los buenos, por los hombres honrados, por los defensores del pueblo.

Y Dios protegerá á Porta-Cæli, porque si Dios no existiera, surgiría para proteger esa obra de humanidad, de amor, de caridad y de justicia.

José Martínez Albacete.



CARLOS III

Si por un decreto suyo no hubieran sido expulsados de España los jesuitas, y si sin política exterior no hubiera originado á nuestra Patria grandes males, Carlos III, podría haberse contado entre los pocos y felicisimos mortales que carecen de todo género de enemigos; porque tan sabia fué su política interior, tan admirablemente supo administrar á sus súbditos y con tanto acierto puso manos en la bien hechora tarea de fomentar las ciencias, las artes, la agricultura, la industria y el comercio, que su reinado ha sido señalado como uno de los abundantes en venturas y prosperidades, y su nombre fué y es tenido por los españoles como cosa muy querida y merecedora de generales respetos y veneraciones.



Carlos III nació en Madrid el 20 de Enero de 1716, y era el tercer hijo de Felipe V y de Isabel de Farnesio. Antes que rey de España lo fué de las Dos-Sicilias, por voluntad de su padre, y en la gobernación de este Estado se acreditó de habil estadista y legislador, por cuyo motivo bien sabían los españoles cuando subió al trono de sus mayores en 1760 por muerte de su segundo hermano, Fernando VI, que de él podían esperar los mejoramientos y prosperidades de que tan necesitados se hallaban.

Al venir á España se hizo acompañar de sus sabios consejeros el marqués de Esquilache, Grimaldi y otros, quienes en unión del conde de Aranda, Campomanes, Floridablanca y Jovellanos, se ocuparon y llevaron á feliz término sus iniciativas.

Inauguró su reinado reorganizando todos los ramos de la Administración pública, y después, poco á poco, con la detención y estudio que requería tan grande obra, fomentó la agricultura y el comercio repoblando Sierra Morena, repartiendo los bienes mostrencos, abriendo al tráfico no pocos puertos, declarando libre la circulación de cereales, haciendo construir una vastísima red de carreteras, el canal de Aragón y otras vías fluviales; creando el Banco de San Carlos y Compañía, reformando la de Filipinas; organización de correos, concediendo cuanto ayuda le fué posible á toda iniciativa particular que estuviera de acuerdo con su pensamiento, y llevando á cabo cuanto redundara en pro de la prosperidad de las fuentes de riqueza que tenía España.

Obra suya fué también la fundación de las Sociedades Económicas y la de diversos centros dedicados á las ciencias y á la enseñanza, entre los que se cuentan las Academias de Jurisprudencia llamadas de Santa Bárbara y de Carlos III; las de Ciencias naturales y Artes y de Medicina y Cirujía de Barcelona, y la Sevillana de Buenas Letras; debiéndose además, á las iniciativas de él la reorganización de diversas entidades científicas, literarias y artísticas.

Como legislador no se mostró menos hábil y acertado, y se hizo memorable por sus disposiciones contra los fueros que gozaban las autoridades eclesiásticas, y especialmente el Tribunal del Santo Oficio, conducta que le creó muchos enemigos entre el clero, quienes supieron aprovechar contra él los males que á España acarrearón las alianzas que concertó con Francia y otros países.

El 14 de Diciembre de 1788, á consecuencia de una pulmonía, Carlos III bajó al sepulcro á los 23 años de su reinado.

Hernando de Acovedo

DE MADRID Á MURCIA

Sr. Director del HERALDO DE MURCIA. La verdadera representación nacional

reunida estos días en Valladolid, ha creado al disolverse un organismo que suplirá con ventaja las deficiencias de la ruin maquinaria, entre cuyas ruedas hemos dejado la hacienda y el prestigio.

Los acuerdos tomados por la Junta permanente en sesión secreta, entrañan graves resoluciones para un día no lejano, como es la resistencia al pago de las contribuciones, si el gobierno desatiende las peticiones de las Cámaras.

Paraíso está satisfechísimo del resultado de las sesiones de la Asamblea.

Elogia la unión de los gremios y de los demás organismos adheridos á la Asamblea, y cree que dada la labor admirable de esta, pronto vendrá la regeneración del país.

Afirma que la comisión permanente, compuesta de individuos prácticos y prestigiosos, está animada de grandes deseos de cumplir su misión hasta el sacrificio de la vida y de la hacienda.

El gobierno se preocupa algun tanto de la importancia de las resoluciones secretas de la Junta de las Cámaras, y del éxito de la Asamblea que ha superado á cuanto podía esperar el gobierno.

El Sr. Villaverde tiene el firme propósito de que se aprueben los presupuestos por todo el mes de Febrero.

Las oposiciones están conformes en que todos los proyectos de Hacienda se aprueben en la fecha que quiere el ministro, pero con algunas modificaciones, que vendrán á modificar el plan de Villaverde.

Las minorías tampoco se oponen al arriendo de los tributos, siempre que se suprima la palabra tributo y quede la investigación confiada á la provincia ó municipio.

La discusión del presupuesto de Fomento se cree que no terminará hasta fines de semana.

Espérase que luego se vendrá á un acuerdo entre el gobierno y las oposiciones respecto del procedimiento que habrá de seguirse en la discusión de los ingresos y de los proyectos especiales, ganándose con ello mucho tiempo.

El resultado favorable obtenido por el Gobierno en la votación provocada por la enmienda del duque de Veragua, lejos de hacer concebir al señor Silvela grandes ilusiones sobre el porvenir, le tiene hondamente preocupado.

La razón es esta: Por 106 votos fué deseada aquella enmienda, y entre esos votos adversos hay que contar los de los senadores que, por espíritu de clase, olvidaron la disciplina política para salvar los intereses de cuerpo que creían amenazados.

Ahora bien. Si se restan esos votos y se computan los abstentidos, ¿qué podrá ocurrir en la primera votación verdad? No ignora el jefe del Gobierno que la batalla fué convencional, que muchos senadores de las minorías no se presentaron en el salón y que con un centenar de adictos no puede esperar muchos milagros.

Es, por consiguiente, muy justificada la preocupación del Sr. Silvela, tanto como cándida la alegría de algunos de sus amigos, que por ese efímero y casi preparado triunfo se creen ya asegurados parlamentariamente en la alta Cámara.

El tiempo no tardará en demostrar la verdad de nuestras afirmaciones.

El Corresponsal.

18 de Enero de 1900.

LA ENTREGA

Solos en aquella gran estancia, estaban el padre y el hijo: el primero con los codos apoyados sobre la mesa y oprimiendo entre sus convulsas manos aquella cabeza de plateados cabellos.

Pocos atractivos ofrecía la habitación en una de sus paredes, negraza y descomulgada, había infinidad de pequeños agujeros por los que salía mortecina claridad.

En la de enfrente, blanca como el armiño había tambien muchos orificios, pero iguales y brillante luz se esparcía por ellos.

Formaban un contraste extraño; lo mismo que los dos solitarios personajes que ocupaban la destaralada habitación.

El viejo con luenga barba de patriarca y larga melena tenía un sello de dulzura indefinible en su cara.

El niño, de rostro picaresco dejaba ver grabada en su mirada el orgullo y la tiranía.

Ambos eran, si no lo has comprendido los siglos XIX y XX.

Después de largo y embarazoso silencio, el viejo pareció despertar de su letargo y alzando con magistosa dulzura su cabeza, se dirigió al niño y le habló así: —Justo es, puesto que mi vida está

